
La oscuridad gestante: cuerpo en tránsito final

Resumen

Oscuridad gestante nace a partir del diagnóstico de cáncer de mi abuela materna, cuyo cuerpo atravesó un proceso de cambio drástico y de doloroso deterioro. Aquella experiencia marcó un quiebre en mi manera de concebir el cuerpo como espacio sensible donde se inscriben huellas, procesos de transformación y ciclos vitales. El objetivo de este proyecto es reconocer al cuerpo como lugar vivo, capaz de contener y manifestar cambios y memorias. A través de organismos vivos como el SCOBY (cultivo simbiótico de bacterias y levaduras, por sus siglas en inglés) y de una materia duradera como el yeso, encuentro la posibilidad de dialogar y crear un lenguaje propio. La intención es personificar un cuerpo que conserva sucesos corporales, como los que vivió mi abuela materna con aquella enfermedad. La metodología de este proyecto se basa en la observación y experimentación directa y constante entre dichos elementos —SCOBY y yeso—. Estas acciones me permiten explorar el proceso artístico como una forma de conocimiento y lenguaje sensible. Por último, esta obra propone habitar la muerte como un proceso de modificación que persiste. En lo orgánico, lo vulnerable y lo que se modifica, la muerte opera como una continuidad que adopta otras formas de existencia.

Palabras clave

Cuerpo, Biomaterial, Degradación, Muerte, Creación artística.

**SCOBY con texturas
orgánicas y variaciones
de color generadas
por tintes naturales**
Nota: Experimentación
y registro fotográfico
realizados por la autora.



Figura 1
Inicio del crecimiento del SCOBY

Observado sobre superficie de vidrio, al primer día de fermentación.

Nota: Fotografía de la autora.

Figura 2
Proceso del crecimiento del SCOBY

Observado sobre superficie de vidrio, al tercer día de fermentación.

Nota: Fotografía de la autora.

Figura 3
Término del crecimiento del SCOBY

Observado sobre superficie de vidrio, al sexto día de fermentación.

Nota: Fotografía de la autora.

Introducción

Durante mis 25 años, siempre percibí mi cuerpo como un organismo lleno de energía, fuerza y resistencia. Cada marca y cicatriz me comunicaba el impacto de lo vivido. Por ejemplo, la fractura de clavícula que sufrí cuando tenía 17 años me enseñó cómo el cuerpo es capaz de regenerarse sin necesidad de intervención quirúrgica. Sin embargo, aquella concepción, desde mi vivencia, se quebró cuando a mi abuela materna, Teresa, le detectaron cáncer en junio del 2024. Su cuerpo comenzó a comunicarse de una forma desconocida para mí. Era la primera vez que presenciaba cómo un cuerpo humano empezaba a deteriorarse y volverse frágil: ya no podía ingerir alimentos como antes, ni caminar. En el transcurso de las semanas, el cáncer comenzó a invadir su cuerpo, y su espalda se convirtió en el punto donde empezó a expandirse con fuerza, manifestándose en manchas azuladas y rojizas que crecían visiblemente.

Ante esto, me resonó la cita de Butler (2015): “los cuerpos importan no sólo porque están vivos o muertos, sino porque su pérdida marca nuestra propia condición vulnerable” (p. 143). No se trataba solamente de que el cuerpo de mi abuela pasaba por un proceso de desgaste o deterioro, sino también de cómo yo habitaba un mundo que se quebraba e intentaba entenderlo. En la fragilidad y vulnerabilidad de mi abuela, vi reflejada la mía. Su pérdida no fue simplemente un suceso que atravesamos todos los humanos; se convirtió en una grieta que traspasó mi percepción sobre la existencia y los límites del cuerpo.

En esa fase final, se hizo visible una verdad que, aunque sabía que algún día llegaría, no había asumido con plena conciencia: que la vida tiene un límite, que ciertos dolores son inevitables y que enfrentarnos a la pérdida nos recuerda lo poco que realmente controlamos.

Esa certeza me interpeló, no solo en lo personal, sino también en mi manera de hacer arte. Percibí que necesitaba otra vía, distinta a la que había estado tomando hasta entonces. Por ello, inicié una búsqueda de materiales orgánicos que, desde su propio ciclo natural, pudieran contener procesos de crecimiento, transformación y decaimiento. Fue en ese momento cuando encontré el SCOBY —cultivo simbiótico de bacterias y levaduras, por sus siglas en inglés—, cuyo desarrollo como sustancia capaz de cambiar, mutar y descomponerse, resonaba corporalmente con lo vivido por mi abuela. A la vez, redescubrí el yeso como un contenedor de huellas de lo que alguna vez existió. Ambos materiales, desde lugares distintos, me permitieron construir una forma de expresar el duelo, el tiempo y el desgaste desde la materia, aquella que habita el cuerpo de mi abuela materna.

El propósito primordial es reconocer el cuerpo —desde la pérdida de mi abuela materna por el cáncer— como un archivo viviente, en el que se inscriben el paso del tiempo y el desgaste. El SCOBY y el yeso se convirtieron en ejes fundamentales que me permitieron alojar el dolor y la muerte como un tránsito encarnado: uno que no se nombra, sino que se observa, se acompaña y se transforma.



Metodología

El método de investigación artística de esta propuesta se manifiesta a través de la atención, la experimentación, la escucha activa del SCOBY y el yeso. Más que buscar un resultado final, este proceso desencadena una construcción sensible, donde el tiempo, los ritmos, las texturas y las formas de decir se convierten en elementos esenciales del desarrollo artístico.

El punto de partida fue cultivar el SCOBY en casa. Para ello, preparé una fermentación inicial con té negro, agua hervida, azúcar rubia o blanca y kombucha sin pasteurizar. Una vez que la mezcla se enfrió, la vertí en un recipiente limpio y desinfectado —de vidrio o plástico—, y la cubrí con una tela que permitiera la circulación del oxígeno (ver figura 1).

Al tercer día, note que apareció una capa gelatinosa y brillante que empezaba a diferenciarse del líquido (ver figura 2).

A los seis días de iniciado su crecimiento, el SCOBY ya se había formado por completo. En su superficie se revelaba una textura burbujeante, evidencia de su transformación y desarrollo. El color, sin duda, se convirtió en el primer aspecto físico que me recordaba a la piel humana (ver figura 3).

La experiencia fue más que solo ver un fenómeno biológico: fue presenciar día a día la transformación de un cuerpo vivo que crece, se adapta

y muta a través de su propio ritmo de vida. En ese proceso, descubrí una similitud entre su ciclo y el nuestro. Su nacimiento ocurre en un espacio cerrado, protegido y limpio. Su crecimiento orgánico, junto con su fragilidad, me hablaba de la condición transitoria del ser humano. Venimos al mundo desde el útero materno: un espacio cerrado, ese primer hogar protegido y contenido, donde se constituye nuestro cuerpo, tal como sucede con el SCOBY. Esta analogía me permitió reconocer que, como cualquier otro ser vivo, estamos sujetos a ciclos naturales de renovación y decadencia.

Aquella experiencia me permitió conectar con lo que plantea Taylor (2003): “el cuerpo almacena y transmite conocimiento; es un sistema de saber que a menudo no se reconoce como tal por la epistemología occidental” (p. 20). Lo que viví no fue simplemente una experiencia familiar o afectiva, sino un acto de autoconocimiento. Tanto el SCOBY como el cuerpo de mi abuela me mostraban que estos organismos guardan y registran. El SCOBY, en su proceso de fermentación, se entrega a la pausa, a la lentitud, a lo que no puedo controlar. Al mismo tiempo, el cuerpo de mi abuela me hablaba de presencia, de acompañamiento, de estar ahí sin urgencia.

Ambos me enseñaron a escuchar de otra manera: desde ese lugar donde no se piensa, sino que se siente y se respira.

Primer formato

Decidí retirar el SCOBY de su hábitat natural e iniciar una exploración con pigmentos naturales como la betarraga, el café y la cúrcuma. El color original del SCOBY desapareció; sin embargo, emergieron nuevos tonos: el rojo, el marrón con rastros de la textura del café, y el amarillo (ver figura 4). Esa alteración me recordó la piel de mi abuela cuando el cáncer comenzó a invadir su estómago y su espalda.

A la par, inicié un reconocimiento corporal partiendo desde mi cuerpo. Buscaba evocar la presencia corporal de mi abuela (ver figura 5).

Al inicio, había planeado que el SCOBY pudiera capturar la forma del yeso (ver figura 6).

Cuando coloqué el SCOBY sobre el yeso, empezó a gestarse un diálogo entre dos cuerpos distintos que se tocaban y se transformaban. El yeso, al adaptarse, empezó a cambiar: se rajó, se volvió blando y se tiñó con los colores naturales que el SCOBY había absorbido. Aquel molde se convirtió en un puente tangible hacia el recuerdo de mi abuela: un cuerpo que alguna vez estuvo lleno de vida y que, con el tiempo, se transformó en una memoria corporal marcada por la enfermedad. El yeso no solo retuvo, sino que cargó el rastro de la violencia silenciosa del cáncer, reflejada en cada grieta, cada marca y cada alteración de la materia (ver figura 7).



Figura 4
**Experimentación del
SCOBY con tintes
naturales sobre super-
ficie de vidrio**
Nota: Imagen y experi-
mentación realizadas
por la autora.



Figura 5
**Copia del yeso a mi
pecho y brazo derecho**
50 x 40 cm.
Nota: Obra y fotografía
realizadas por la autora.

Figura 6
**Experimentación del
SCOBY con tintes
naturales reposado en
molde de yeso**
Nota: Imagen y experi-
mentación realizadas por
la autora.



En el yeso, visualicé la huella corporal de mi abuela: su presencia, su memoria viva. Recuerdo que ella, nacida en Áncash, estuvo siempre conectada con la tierra. Esa evocación despertó en mí la necesidad de anclar esta memoria viva —el yeso— al origen de todo: la tierra. Devolverla al mundo, porque cuando nos despedimos de este plano terrenal, volvemos a la tierra y, en ese acto de retorno, se guarda una fuerza ancestral. Esta fue mi forma de acompañar esa despedida.

En ese acto, la muerte no es un corte abrupto, sino —como señala Braidotti (2013)— “una reconfiguración de lo que somos, dentro de una red material más grande que nos sostiene” (p. 132). Esa red es la tierra, el tiempo y la materia. Mi intención fue que ese cuerpo siguiera siendo parte de esa red como rastro vivo que se entreteje con lo que permanece (ver figura 8).



Figura 7
**Molde de yeso del torso
impregnado con tintes
naturales provenientes
del SCOBY durante el
reposo**

Nota: Obra y registro
fotográfico realizados
por la autora.

Figura 8
**Molde de yeso del tor-
so, reposando sobre
una base terrosa que
simboliza lo ancestral
y lo terrenal**

Nota: Imagen y compo-
sición realizadas por la
autora.



Figura 9
**SCOBY impregnado
con tintes naturales
durante su proceso de
fermentación**

Nota: Experimentación
y registro fotográfico
realizados por la autora.

Figura 10
**SCOBY impregnado
con tintes naturales
durante su proceso de
fermentación**

Nota: Experimentación
y registro fotográfico
realizados por la autora.

Segundo formato

Durante tres semanas, el SCOBY reposó sobre la superficie del yeso. Su proceso de secado fue lento. Día tras día aparecían manchas, zonas translúcidas, otras densas y opacas. No solo observaba la transformación del SCOBY, sino también la de mi propia mirada. Me recordó cómo el cáncer, en sus inicios, atacó primero los órganos de mi abuela, para luego manifestarse en su piel. Su espalda y su pecho eran testimonio de una enfermedad que no necesitaba explicación. Ese paralelismo me llevó a pensar en cómo un organismo vivo puede hablarme desde una experiencia íntima y dolorosa. No imitaba el cuerpo de mi abuela, pero sí contenía todo el proceso que ella padeció (ver figuras 9, 10 y 11).

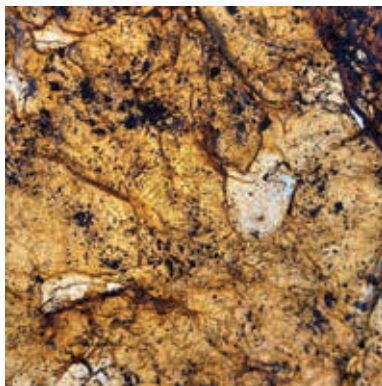


Figura 11
**SCOBY impregnado
con tintes naturales
durante su proceso de
fermentación**

Nota: Experimentación
y registro fotográfico
realizados por la autora.



Figura 12

SCOBY con texturas orgánicas y variaciones de color generadas por tintes naturales

Nota: Experimentación y registro fotográfico realizados por la autora.

Figura 13

SCOBY con texturas orgánicas y variaciones de color generadas por tintes naturales

Nota: Experimentación y registro fotográfico realizados por la autora.

Tercer formato

Este tercer y último formato es el tránsito final de tonalidades, de texturas, de formas, de cicatrices, y encarna todo el recorrido. El SCOBY dejó de ser materia experimental para convertirse en organismo presente, y, dentro de su descomposición, de su sequedad, y a través de las arrugas de la superficie, me comunicaba memoria y vida (ver figuras 12, 13 y 14).

Es el término del ciclo vital, pero no únicamente entendido como el final biológico del organismo humano, aquel en el que desaparecen los signos vitales: el pulso, la respiración, la actividad cerebral. Es el momento en que el cuerpo se vuelve materia inerte. Desde esa perspectiva, el arte se convirtió en un vehículo para explorar la muerte de un modo afectivo e íntimo. Y es allí donde comprendo que el SCOBY no muere en términos humanos; sino que se transforma, se oscurece, se arruga y se rompe, pero sigue diciendo algo. En ese proceso encontré una forma de acompañar el duelo.

La obra, entonces, busca habitar lo cambiante, aceptar la mutación como parte del ciclo. Esa materia orgánica me permitió transitar la muerte desde lo sensorial, desde lo lento, desde lo impredecible. Me recordó que la pérdida es una transformación que se atraviesa.

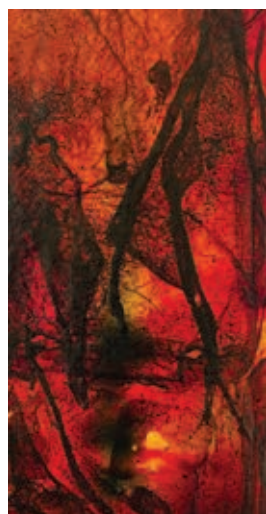


Figura 14
**SCOBY con texturas
 orgánicas y variaciones
 de color generadas
 por tintes naturales**
 Nota: Experimentación
 y registro fotográfico
 realizados por la autora.



Así concluyó mi meditación interna

Aceptar esta transformación como punto importante de toda la existencia nos obliga a percibir de forma distinta a la vida, la muerte y el modo en que nos relacionamos con lo que altera. En una sociedad que recompensa la rapidez y la productividad, tomar pausas ante lo que se desgasta y rompe es un acto de resistencia. El arte es un forma de mirar de otro modo lo que ya no se produce ni se muestra. Trabajar con lo orgánico y lo cíclico de lo que se degrada y renace nos reubica como parte de un red más amplia de la vida, una en la que no somos centro ni excepción, sino continuidad. Vivir es estar inmerso en un proceso continuo de devenir. En ese acontecer no hay formas fijas, sino estados que surgen en su tiempo. Comprender eso ha sido, para mí, una forma de reconciliación: con la pérdida, con el deterioro, con la materia que ya no responde a la lógica de lo útil. Porque allí donde algo parece extinguirse, también algo empieza a surgir —más lento, más tenue—, pero igual de vivo.

Este artículo empleó la herramienta ChatGPT (OpenAI, versión GPT-4o) para apoyar la redacción, edición y corrección de estilo del manuscrito, bajo la supervisión y el criterio editorial de los/las autores/as y editores/as. Las ideas, el contenido y las conclusiones expresadas son de exclusiva responsabilidad de los/las autores/as.

Referencias

- Braidotti, R. (2013). *The posthuman*. Polity Press.
- Butler, J. (2004). *Precarious life: The powers of mourning and violence*. Verso.
- Butler, J. (2015). Bodies that still matter. *Queer Studies in Education*, 1(1).
- CLAGS: The Center for LGBTQ Studies.
- OpenAI. (2025). *ChatGPT* (versión GPT-4) [Modelo de lenguaje]. <https://chat.openai.com/>
- Taylor, D. (2003). *The archive and the repertoire: Performing cultural memory in the Americas*. Duke University Press.